



CAPÍTULO XXIII

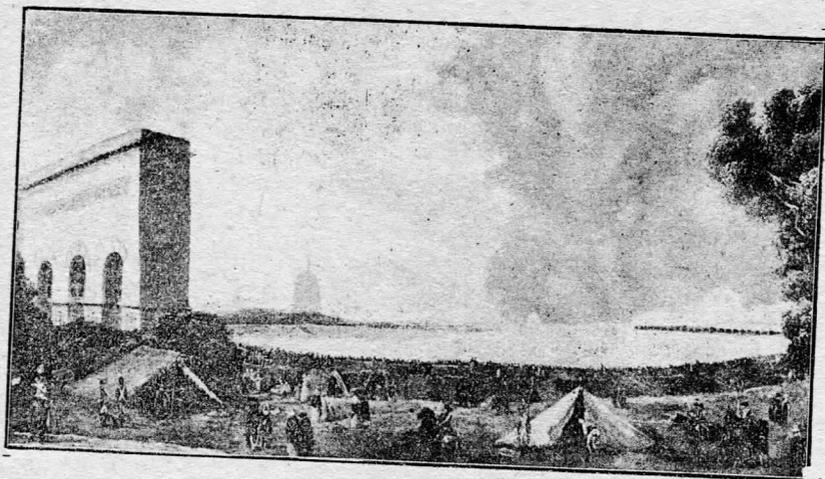
La Fiesta de la Federación

CON el cambio de residencia del rey y de la Asamblea de Versalles a París se termina el primer período, el que podría llamarse el período heroico de la gran Revolución. La reunión de los Estados Generales, la sesión regia de 23 de junio, el juramento del Juego de Pelota, la toma de la Bastilla, la rebelión de ciudades y villas en julio y agosto, la noche del 4 de agosto y, por último, la marcha de las mujeres a Versalles y su vuelta triunfal con el rey prisionero; tales fueron las etapas principales de este período.

Con la vuelta a París de la Asamblea y del rey — del «legislativo» y del «ejecutivo» —, comienza el período de una lucha sorda entre la monarquía moribunda y el nuevo poder constitucional que se consolida lentamente por los trabajos legislativos de la Asamblea y por el

trabajo constructivo que se realizaba sobre el terreno en cada ciudad y en cada pueblo.

Francia tenía a la sazón en la Asamblea Nacional un poder constitucional que el rey se vió obligado a reconocer; pero si le reconoció oficialmente, siempre vió en él una usurpación, un insulto a su autoridad real, cuya disminución no quería admitir, y por lo mismo se ingeniaba buscando mil pequeños recursos para rebajar la Asamblea



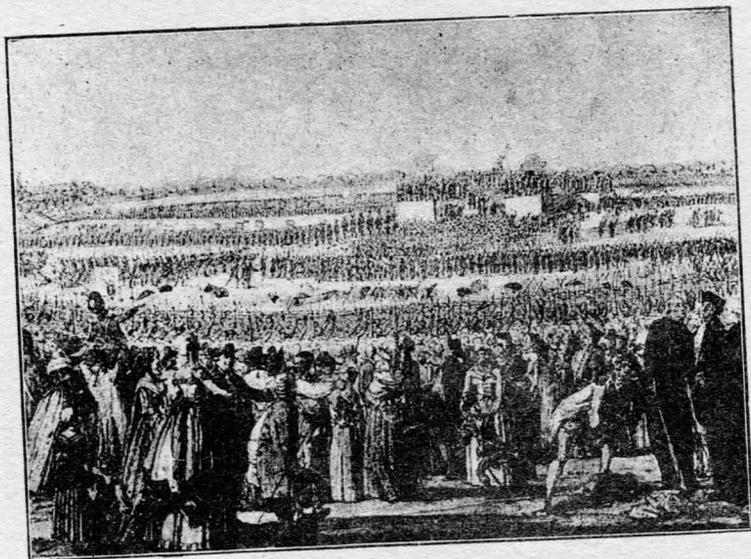
LA FEDERACIÓN NACIONAL.

(Cuadro de Hubert Robert)

y disputarle la menor partícula de autoridad. Hasta el último momento no abandonó la esperanza de reducir un día a la obediencia ese nuevo poder que se reprochaba haberle dejado constituirse al lado del suyo.

En esa lucha todos los medios le parecen buenos. Por experiencia sabía que los hombres que le rodeaban se compraban, unos por poca cosa, otros a mayor precio, y se empeñó en hallar dinero, mucho dinero, tomándolo prestado en Londres, para comprar los jefes de los partidos en la Asamblea y fuera de ella. Su empeño tuvo buen resultado cerca de uno de los más influyentes, Mirabeau, quien, mediante pagos importantes, se hizo consejero de la corte y defensor del rey, y pasó sus últimos días en un lujo absurdo. Pero no fué solamente en la Asamblea donde el rey halló auxiliares, sino fuera de ella:

los tuvo entre aquellos a quienes la Revolución despojó de sus privilegios, de las pensiones enormes, de sus colosales fortunas; entre el clero, que vió perecer su influencia; entre los nobles, que perdieron, con sus derechos feudales, su situación privilegiada; entre los burgueses, que temían por los capitales comprometidos en la industria, en el comercio y en los empréstitos del Estado; entre esos mismos bur-



LA FEDERACIÓN EN EL CAMPO DE MARTE

(De una estampa de la época)

gueses que se disponían a enriquecerse durante la Revolución y por su medio.

Eran muchos los que veían en la Revolución una enemiga: todos los que antes vivían alrededor del alto clero, nobles y privilegiados de la alta burguesía, es decir, más de la mitad de toda aquella parte activa y pensante que sigue su vía histórica. Y si en el pueblo de París, de Estrasburgo, de Ruán y de muchas otras ciudades, grandes y pequeñas, tuvo la Revolución sus más ardientes partidarios, ¡cuántas otras hubo como Lyon, donde la influencia secular del clero y la dependencia económica del trabajador eran tales, que el pueblo mismo, con el clero, se opuso a la Revolución; cuántas ciudades, como los

grandes puertos, Nantes, Burdeos, Saint-Malo, donde los grandes comerciantes y cuantos de ellos dependían eran partidarios de la reacción!

Hasta entre los campesinos, que hubieran debido interesarse por la Revolución, había pequeños burgueses que la temían; sin contar las poblaciones que, por las faltas de los revolucionarios, se separaron de la gran causa. Demasiado teóricos, demasiado adoradores de la



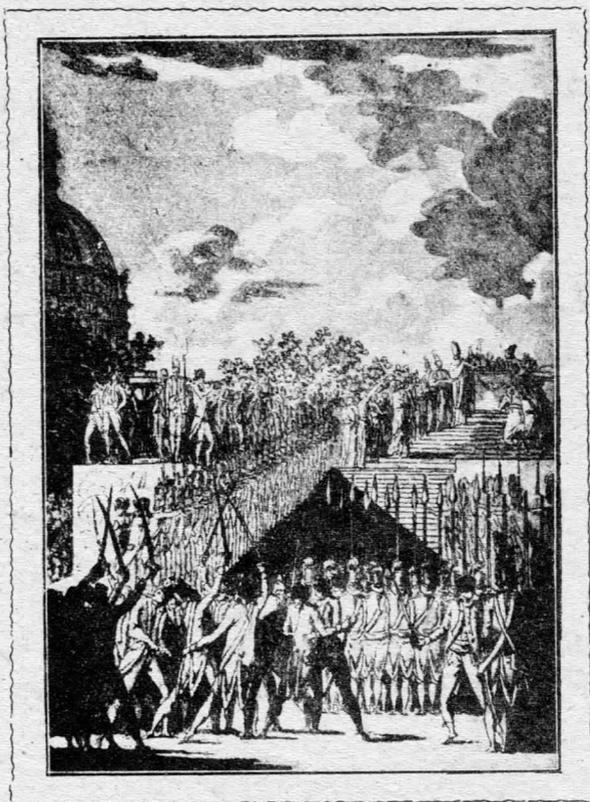
EL 9 DE JULIO DE 1790

(De una estampa de la época)

uniformidad y del alineamiento, y, por consecuencia, incapaces de comprender las formas múltiples de la propiedad, procedentes del derecho consuetudinario; demasiado volterianos, por otra parte, para ser tolerantes con las preocupaciones de las masas destinadas a la miseria, y sobre todo demasiado políticos para comprender la importancia que da el campesino a la cuestión de la tierra, los revolucionarios mismos se atraieron la enemistad de los campesinos en la Vendée, en Bretaña, en el Sudeste.

La contra-revolución supo sacar partido de todos esos elementos. Una «jornada» como la del 14 de julio o del 6 de octubre cambia el centro de gravedad del gobierno; pero en los 36,000 municipios de

Francia, en la mentalidad y en los actos de esos municipios era donde debía cumplirse la Revolución. La contra-revolución se aprovechó para atraer a su causa a los descontentos de las clases acomodadas, cuyo número era inmenso en provincias; y si la buiguesía radical



EL 14 DE JULIO DE 1790

(De una estampa de la época)

dió a la Revolución una cantidad prodigiosa de inteligencias de primer orden (desarrolladas por la Revolución misma), la inteligencia y sobre todo la astucia y la práctica no faltaban tampoco a la nobleza provincial, a los comerciantes, al clero, y todos juntos prestaron a la monarquía una formidable fuerza de resistencia.

Aquella lucha sorda de complots y de contra-complots, de levantamientos parciales en las provincias y de luchas parlamentarias en

la Asamblea Constituyente y después en la Legislativa, duró cerca



CONFEDERACIÓN DE LOS FRANCESES
EL 14 DE JULIO DE 1790

(De una estampa de la época)

de tres años, desde octubre de 1789 hasta junio de 1792, cuando la Revolución tomó un nuevo impulso. Fué aquel un período pobre en acontecimientos de alcance histórico; los únicos que merecen indicarse fué la recrudescencia del levantamiento de los campesinos, en enero y febrero de 1790; la fiesta de la Federación, el 14 de julio de 1790; la matanza de Nancy, en 31 de agosto de 1790; la huída del rey, el 20 de junio de 1791, y matanza del pueblo de París en el campo de Marte, el 17 de julio de 1791.

Hablaremos de las insurrecciones de los campesinos en un capítulo posterior, pero digamos aquí breves palabras sobre la fiesta de la Federación, que resume la primera parte de la Revolución, y que siendo toda entu-



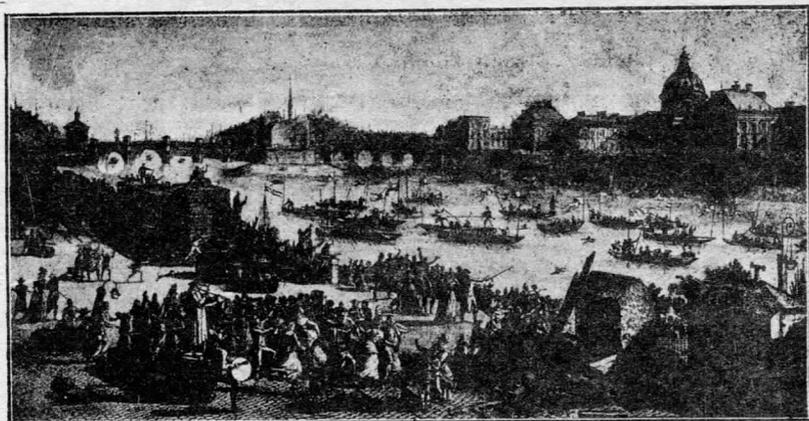
RECUERDO DE LA FEDERACIÓN NACIONAL,

(De una estampa de la época)

siasmo y concordia, evidencia lo que hubiera podido ser la Revolución si las clases privilegiadas y la monarquía, comprendiendo que se

estaba realizando un cambio inevitable, hubieran cedido de buena voluntad lo que no podían ya retener.

Taine denigra las fiestas de la Revolución, y es cierto que las de 1793 y 1794 fueron generalmente demasiado teatrales; como que fueron hechas *para* el pueblo, no *por* el pueblo. Pero la del 14 de



REGATAS EN EL SENA EL 18 DE JULIO DE 1790 EN MEMORIA
DE LA FEDERACIÓN NACIONAL.

(De una estampa de la época)

julio de 1790 fué una de las más bellas fiestas populares que la historia recuerda.

Antes de 1789 no estaba Francia unificada. Constituía un todo histórico, cuyas diversas partes se conocían poco y apenas se amaban; pero después de los acontecimientos de 1789 y de los hachazos repartidos en el bosque de las supervivencias feudales, después de los bellos momentos en que vivieron juntos los representantes de todas las partes de Francia, se creó un sentimiento de unión y de solidaridad entre las provincias amalgamadas por la historia. Si toda Europa se entusiasmaba con las palabras y los actos de la Revolución, ¿cómo habían de resistir a esa unificación en la marcha hacia adelante, hacia un porvenir mejor, las provincias que en ella tenían participación? He ahí lo que simbolizó la fiesta de la Federación.

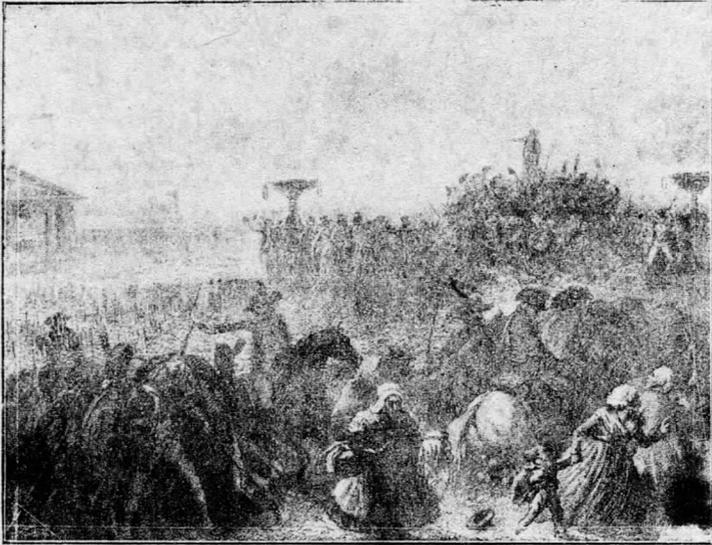
Tuvo además otro rasgo notabilísimo. Como para la fiesta habían de hacerse ciertos trabajos de nivelación del terreno y construir un arco de triunfo, y se vió palpablemente, ocho días antes de la fiesta, que los quince mil trabajadores no podrían terminar a tiempo su tarea, ¿qué hizo París? — Un desconocido lanzó la idea de que todos, todo París, irían a trabajar al Campo de Marte, y, en efecto, todos, pobres y ricos, artistas y peones, frailes y soldados se dedicaron alegremente al trabajo. Francia, representada por miles de delegados venidos de provincias, halló su unidad nacional removiendo la tierra, símbolo de lo que traería un día la igualdad y la fraternidad de los hombres y de las naciones.

El juramento que los miles de asistentes prestaron «a la Constitución decretada por la Asamblea Nacional y aceptada por el rey», el juramento prestado por el rey y confirmado espontáneamente por la reina y por su hijo, tenía poca importancia. Cada uno de por sí ponía algunas «reservas mentales» a su juramento; cada uno ponía ciertas condiciones.

El rey prestó su juramento en estas palabras: «Yo, rey de los Franceses, juro emplear todo el poder que me está reservado por el acta constitucional del Estado para conservar la Constitución decretada por la Asamblea Nacional y aceptada por mí». Lo que significaba ya que querría conservar la Constitución, pero que sería violada sin que pudiera impedirlo. En realidad, en el momento mismo en que el rey prestaba su juramento, no pensaba más que en los medios de comprar los miembros influyentes de la Asamblea, y contaba con el auxilio que le vendría del extranjero para detener la Revolución que él mismo había desencadenado con su oposición a los cambios necesarios y con la malicia de sus relaciones con la Asamblea Nacional.

Los juramentos valían poca cosa; pero lo que conviene no olvidar en esta fiesta, además de la afirmación de una *nación* nueva, con un ideal común, es la candidez de la Revolución. Un año después de la toma de la Bastilla, cuando Marat tenía perfecta razón para decir: «¿A qué tan desenfundada alegría? ¿a qué tan estúpidas manifestaciones de júbilo? ¡La Revolución no ha sido aún más que un sueño

doloroso para el pueblo!»; cuando nada se había hecho todavía para satisfacer las necesidades del pueblo trabajador, y que se había hecho todo (como veremos pronto) para impedir la abolición positiva de los abusos feudales; cuando el pueblo había pagado en todas partes con su vida y con una horrible miseria los progresos de la Revolución política; a pesar de todo, el pueblo estallaba en transportes de entusiasmo a la vista del nuevo régimen democrático afirmado en aquella



TERCERA FEDERACIÓN — 14 DE JULIO DE 1792

fiesta. Como cincuenta y ocho años después, en febrero de 1848, el pueblo de París ponía tres meses de miseria al servicio de la República, así a la sazón el pueblo se mostraba dispuesto a soportarlo todo, ya que la Constitución le prometía un alivio, ya que ponía un poco de buena voluntad.

Si tres años después, ese mismo pueblo, tan dispuesto a contentarse con poco, tan dispuesto a esperar, se volvió feroz y comenzó el exterminio de los contra-revolucionarios, débese a que recurrió como al medio supremo de *salvar algo de la Revolución*; débese a que la vió a *punto de hundirse sin haber realizado ningún cambio substancial en la vía económica beneficioso para el pueblo*.

En julio de 1790 nada hacía presagiar ese sombrío y feroz carácter. «La Revolución no ha sido todavía más que un sueño doloroso para el pueblo.» Todavía no había cumplido sus promesas. No importa.



ALEGRÍA POPULAR

Estaba en marcha, y eso bastaba. En todas partes el pueblo se entregaba a la alegría.

Pero también estaba la reacción armada, dispuesta a mostrarse pronto en toda su fuerza. Inmediatamente después del siguiente aniversario del 14 de julio, el 17 de julio de 1791, fué ya bastante fuerte para fusilar al pueblo en ese mismo Campo de Marte.

